

David Vela

Posibilidades de la novela guatemalteca



O ha mucho, con motivo del rotundo éxito literario y de librería que Flavio Herrera alcanzara con su obra intitulada «El Tigre», al celebrarlo con el sincero júbilo que cabe para afirmar los valores auténticos de nuestra cultura, aditamos un corolario a la apreciación de quel libro, a saber: «...como el tiempo pasa y su simple transcurso es deuda para el verdadero trabajador, nos satisface ratificarle hoy nuestra estimación y confiarle una nueva esperanza».

En manera alguna, fuera un emplazamiento a sus probadas facultades de creador, mas Flavio Herrera, como si respondiese a nuestro anhelo, nos regala ahora con la lectura de otra novela, «La Tempestad».

«La Tempestad», es, ante todo, una novela guatemalteca, y al margen de esa primera sensación que deja su lectura, resalta el interés—y aun la necesidad—de una general consideración sobre las posibilidades de dicho género literario en nuestro medio.

Acaso no podamos presentar, ni en cantidad ni en calidad, el acervo que un acelerado florecimiento de su cultura general y en particular de su producción literaria, brinda a otros pueblos del continente, aunque en casi todos la novela y el cuento tienen escasa historia y puede decirse que hasta a partir de 1900 afirman valores definitivos. En Guatemala, como en los demás paí-

ses indohispanos, las constantes luchas políticas, lo prematuro en la organización de nacientes Estados, la prisa en improvisar cultura—continuando un esfuerzo ya iniciado en la época de la colonia—, dieron como resultado el auge de los estudios históricos—a menudo desviados por su intención polémica—, apresuraron la evolución del periodismo y fomentaron el *ensayismo*. Por otra parte, un imperativo temperamental, de ensoñadora pereza, acentuado por la herencia de exuberancia española, vino a determinar la abundancia de líricos, una congestión poética, y más de versificación, con mengua de trabajos literarios que exigen, al par que disposición inicial, vocación, la disciplina mental y la preparación estudiosa; así han abundando en el bosque tropical las cigarras de Lafontaine y han escaseado las pacientes hormigas que llenan previsoramente el granero para ofrecer una rica provisión al futuro.

Era natural que la literatura novelesca, el tratado, el arte dramático, padecieran lamentable abandono. Sin embargo, no carece la novela de tradición entre nosotros. José Milla y Vidaurre, justamente consagrados (en sombra queda el fallido antecedente de Manuel Montúfar Alfaro), supo recoger y enriquecer bellos lances de la historia patria: entreverando recuerdo y ensoñación; el regusto de la evocación y, en justa medida, las inquietudes de la actualidad que viviera la observación de la realidad y el libre vuelo de la fantasía; la reminiscencia de modelos leídos (así Larra) y el jugoso folklore. Así su obra fué igualmente estimada en los anaqueles de los literatos, de la cultura «élite», y en manos del pueblo ingenuo y emotivo; deleitados todos en seguir, a través de un estilo homogéneo y sencillo, flúido de claridad, al narrador de hechos reales e irreales, enlazados en una trama sobria y graciosa.

Don Antonio José de Irisarri, múltiple en sus aptitudes y excelente en todas ellas, nos dejó una novela que es en gran parte autobiográfica: «El cristiano errante», con un imperdible gusto por la sátira y en un lenguaje que le mereció siempre

honores. Don Ramón A. Salazar publicó «Alma enferma», «Stella» y la «Historia maravillosa de Pedro Schlemihl». De fines del siglo XIX, es curiosa una novela de Antonio Grimaldi, intitulada «El huérfano» y editada en Quezaltenango, con advertencia del autor que aclara ser una narración de la historia de su familia, para herencia de sus hijos, conteniendo un fondo de acre censura a las licencias del clero.

Fuera de primicias sin ulterior confirmación, y aparte de traducciones publicadas en folletines de nuestros viejos periódicos, el género novelesco sigue siendo postergado. Todos hacen crónicas ligeras, poesías—en abundancia de inspiración ocasional—polémica del orden político y ensayos, en su mayoría monografías históricas. En la época del presidente Estrada Cabrera, culminó un género especial, el adulatorio, que llegó a unificar los rasgos de las plumas nacionales, con raras excepciones.

A principios de este siglo, Enrique Martínez Sobral, después de su libro «Prosas» con que debutaba en el mundo de las letras, inició una serie intitulada «Páginas de la vida», con las siguientes novelas: «Los de Peralta», «Humo», «Su matrimonio», «Inútil combate y alcohol». Meritorio esfuerzo mantenido bajo la influencia de Daudet, Zolá y Bourget, muy en boga, y recordando también, por inconsciente sumisión al influjo del medio, el naturalismo regionalista de Pereda. La lengua es un tanto descuidada, pero se acusa la capacidad del novelista, que arremete contra vicios, prejuicios e injusticias sociales, sagaz en la observación y generosamente dispuesto a probar sus tesis.

Máximo Soto Hall, ahora triunfante en el periodismo extranjero, nos dejó «El problema». Rafael Arévalo Martínez que narra su vida o las vidas de las personas que más cercanamente influyen, su enfermiza sensibilidad, salva dos libros: «Una vida», pequeña autobiografía, y «El hombre que parecía un caballo», que es la visión de la rica y subyugante personalidad de Porfirio Barba-Jacob, entonces Ricardo Arenales. Algunos intentos esporádicos permiten recordar los nombres de Clemente Marro-

quín Rojas, Ramón Aceña Durán, bien dotado humorista, Gustavo Martínez Nolasco, Federico Alvarado Fajardo, Avelino Mariscal y otros.

Entre los literatos militantes mejor dotados, Carlos Wyld Ospina publicó una novela, «El solar de los Gonzaga», y sabemos que tiene en prensa, o lista para darla a ellas, otra de carácter criollo, intitulada «La Gringa», César Brañas, fecundo y ponderado, tiene varias novelas que sustentan su prestigio de escritor y un porvenir en la tendencia que se dice con discutible limitación «psicológica». Por último, acertando dentro de la tendencia «vanguardista», se abren paso Luis Cardoza y Aragón, con su novela «Torre de Babel» y Arqueles Vela, con la «Señorita etcétera», «El café de nadie» y «Viaje redondo».

A la par y en mayor grado, se han venido revelando nuestros cuentistas, en obra que es quizá en muchos un ejercicio de sus fuerzas para acometer con más seguridad la narración en el campo de la novela; así: Flavio Herrera, Carlos Wyld Ospina, Rafael Arévalo Martínez, Carlos Samayoa Chinchilla, el malogrado Valentín Dávila Barrios, Alfonso Orantes, Xavier López Contreras, Augusto Morales Pino y otros.

El cuento, a favor de la tendencia regionalista general a toda la América, busca su inspiración en el ambiente y de preferencia se impregna de color local y sentido folklórico. El mismo derrotero quiere seguir nuestra novela y aciertan los escritores que vuelven los ojos al panorama rural, pleno de motivos y sugerencias inéditos. Sin caer en el vicio de exclusividad, es ostensible que la novela guatemalteca encontrará por ahora sus mejores posibilidades en la vida del campo que es más espontánea e implica el doble dramatismo de la lucha entre hombres y del hombre contra la naturaleza aun bravía, cuajada de asechanzas y decorada por magníficos escenarios. Claro que un día vendrá un Daudet maduro de valor y hondo de observación a descarnar los dolores, las miserias y esperanzas de nuestra vida social y política en las mentidas urbes de nuestro poblados; (algo realiza

una novela inédita de Miguel Angel Asturias: «Tohil», que conocemos por galante confianza del autor, pero mientras tanto el ambiente rural es un venero ampliamente abierto a nuestra novela.

Desde luego, ya indicamos en otro artículo (El desbordamiento del regionalismo), los peligros del abuso de dicha tendencia; no basta el inventario vernáculo ni la fotografía de tipos locales, ni la decoración ambiente; es preciso ahondar con humana intención en el alma de lo nuestro, para no quedarse en la descripción superficial de lo pintoresco, en ayunas del contenido vital que simboliza y cela al mismo tiempo, su atrayente envoltura; o para, en el mejor de los casos, no satisfacerse con la exaltación lírica, a flor de vocablo, de las cosas que se dan en belleza objetiva y ocultan hurañamente una intensa y solapada vida interior, la *katharsis* de la novela.

La abundancia de malas novelas y las ambiciones de un arte puro, que destile una esencia de sumo intelecto, han movido a cierto desprecio, o desapego al menos, hacia la novela. Pero, ¿dónde está ese arte esencial y cómo no iba a caber dentro de las amplias dimensiones del género narrativo? Creemos que la justa censura de formas literarias caducas se quiere traducir sin sólido fundamento en general decadencia de la novela. Y por sobre—o fuera—de las modas, ¿cuándo pasa el Quijote, cuándo la obra de Stendhal, de Dostoyewski, de Daudet, todas las creaciones que devienen clásicas por su profundo contenido humano? Acaso quepa la racional limitación de Marcel Arland: que la novela, dentro de su libertad—formal sobre todo—, sea la expresión más perfecta dable de un problema o de un drama que le sea esencial, y que nadie la cometa cuando su impulso no corresponde a una transformación interior, mundo aparte si se quiere, y su dificultad está en la ordenación de fondo y fordel caos en que flotan y se sumergen la trama, la peripecia, el personaje, en busca de su situación y su expresión; de ahí que el novelista distraiga en ocasiones el problema raigal, echando mano

de otros recursos: sobrecarga de lirismo, abuso de la anécdota, etcétera, sin vertebrar el conjunto en directa relación con el espíritu, ya frente a las costumbres, ya frente a un estado de alma permanente o fugitivo. Tal el trance de la novela, cuando un largo ejercicio de la crítica nos torna exigentes, aunque según Pérez Ferrero están los Proust, los Joyce, los Mann, para responder con su obra.

«La Tempestad», escrita con cierto apresuramiento, como lo denuncian descuidos del lenguaje y repetición de vocablos, en disonancia con las posibilidades del autor, cuyo gusto literario y riqueza poética salvan en conjunto, como en una cara graciosa se disisimulan las pecas, nos parece un libro anterior a «El Tigre.» Quizá es el libro que de todas maneras debía escribir Flavio Herrera, libro de larga gestación, muy vivido y muy ensoñado, por eso exigente en sus derechos de primogenitura, y así se explican las premuras de creador grávido con que el autor lo dió a luz; de ahí el apresuramiento. Hasta puede afirmarse que la trabajada expresión lírica de «El Tigre» influye en el estilo de «La Tempestad» en los más brillantes pasajes formales del segundo libro, cuando la emoción se confía al artificio del idioma y a la tensión poética, como el capítulo intitulado El Potro; mas conviene atenuar tal suposición con el justo reconocimiento de que se trata del estilo uniforme y peculiar de Flavio Herrera, casi el mismo acervo de léxico brillantemente cortado, con que habla. Su facultad expresiva, probada en excelencias a lo largo de su envidiable carrera literaria, lleva implícita una responsabilidad y por ello podemos reclamar corrección de estilo, y hasta de «pruebas».

Se trata de un libro autobiográfico, aunque no en el sentido corriente del vocablo; más que la vida del autor—o parte de jirones de vida del autor—queda en las páginas un resumen anecdótico vivido, que no se relata con frialdad descriptiva, ni sólo con amenidad, sino se complementa de un cálido sentimiento

de apego a la atmósfera que rodea su espíritu y que él quisiera aclarar y hacer más luminosa, y hay también un franco opinar que es como retratarse el autor en lo mejor de sus personajes y aun en sus pecados que su propio juicio—antejuicio—declara veniales, como es cierto fatalismo irresoluto, cierta pereza para la lucha que se trasunta en el carácter de César; es el trópico, es la costa, sin duda, pero el autor tiende una hamaca de rendida conformidad en su conciencia.

Dijimos antes que «La Tempestad» es una novela guatemalteca. En verdad lo es, y no por la nacionalidad del autor, ni por localizarse la acción en nuestro medio, sino por la fidelidad del paisaje, telón de fondo y decoración envolvente y por las preocupaciones originalmente nuestras—dolor y esperanza—que viven sus personajes, en los que tal vez no se precisan en detalle los caracteres, pero se acusan con reveladores relieves los símbolos de la vida rural. En ese sentido, los capítulos intitulados Paréntesis, La epopeya del café y Juan de la Cruz forman el nervio de la obra. Lo demás, personajes y anécdotas, se ajusta en adecuada forma al ambiente e ilustra el contenido, ya dando profundidad al dramatismo de la lucha en el campo, ya decorándola de goces líricos o ameno recreo, inclusive el idilio de Palma y César, que plantea el problema de la relación sexual. ¿Quiso el autor hacer de César, como algunos pensarán, el personaje central de su obra? Creemos que no, porque la médula de la novela es la alegría y el dolor de la siembra, la conquista de la tierra en la ambición de sus frutos, y en medio de la acción jocunda orillada de temores que se previenen con vigilante esperanza, vemos alzarse un carácter fincado en la tierra con voluntariosa vitalidad, naturalmente noble, múltiplemente madre: del esposo, del hijo, del nieto y de cada grano de café que se madura en las plantaciones de la finca: Leonarda. Parece que un acendrado amor filial ha guiado al autor para delinear esa figura que es toda inteligente rusticidad, energía generosa, que se aferra a la tierra

bendita por sus ambiciones con la arrogancia de una ceiba, en donación de sombra para cobijar una familia, y aun todo un pueblo.

Habrà quien tache cierta parcialidad, o superficialidad, al abordar algunos problemas de la vida nacional. La pugna amorosa entre César y Palma, que es choque de la razón y el sentimiento, de prejuicios inveterados y aspiraciones de libertad, pasa sólo dentro del complicado mundo psicológico de César, oscilando entre la concepción puramente intelectual y el impulso sobrepticio del instinto; pero queda el dilema en el plano social, cuya ñoñez censura el autor, y se desentiende el problema económico de la mujer y el hijo. También cuando se discute en las tertulias de Paluná la cuestión del indio, todos los contertulios ven desde el lado del finquero e integran una voz parcial para condenar al indígena con un criterio de amo, como si nada en efecto fuera posible decir en su favor y ningún respeto merecieran sus modalidades raciales, ni culpa en su estupor mental y reticente alma la arbitraria campaña para «latinizarlo»—como quiere el autor—, intentando darle un sustituto cerebral y emocional sin otro recurso que el de nuestra imperiosa voluntad. Ni siquiera se apunta el quid agrario del problema del indio. No obstante, debe tenerse en cuenta que no se trata de una novela de tesis, y los personajes conversan, más que discuten, con un criterio corriente que no se pretende elucidar en un capítulo de novela. Apenas, acertadamente, se establece la diferencia entre el indio de la costa, comido de endemias, el indio del altiplano, con un carácter más arraigado en su tradición y, quizá por eso mismo, más puro y apto para mejorar su destino.

En suma, la obra de Flavio Herrera ha de gustar por su contenido, qué es nuestro y verdadero, lo mismo que por su forma, que fué fácil limpiar de impurezas; marca un rumbo a nuestra novela que, como ya sugerimos, puede buscar en el ambiente rural de guatemalteca autenticidad sin mengua de humana ge-

neralización; en fin, en la medida en que la literatura refluye sobre el medio, imponiendo generosas directrices, la novela de Flavio Herrera supone también un afán patriótico: en el amor a la tierra, que delectadamente describe, y por los vicios sociales que de paso desenmascara y condena.

Guatemala, 1935.